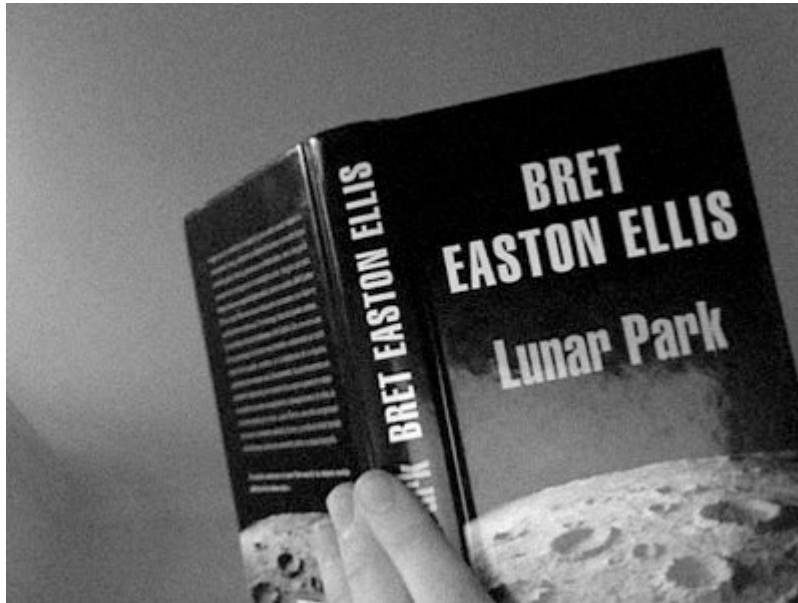


Memorialistas & Viajeros

Bret Easton Ellis: “Lunar Park”

Bartolomé Leal, desde Santiago

No hay nada como ser un escritor de éxito en un país desarrollado. Los Estados Unidos, por ejemplo. Ahí ganas hartos de dinero y puedes llegar a millonario. Suspiro. La gente te ama, puedes conseguir *ad libitum* mujeres bellas, licores, ropas finas y drogas, si te gustan esas cosas. Bueno, a cualquiera le pueden gustar; pero quiero decir si te gustan con locura, si eres adicto al sexo salvaje, las borracheras, la moda o los viajes alucinantes. Todo eso está bien, se puede envidiar calurosamente al exitoso; pero hay algo puramente literario que para algunos, como este servidor, significa más (lo digo en susurros): puedes escribir lo que se te antoje y mandarlos a todos a la puta que los parió. Así lo hace Bret Easton Ellis, nacido en 1964 y autor de rimbombantes e influyentes libros, alabados por escritores y críticos, comprados por el público, traducidos y plagiados en todos los lados, llevados al cine; y que se titulan *Menos que cero* y *American Psycho*. Pues Ellis puede darse el gusto, qué digo, el lujo, de escribir una falsa autobiografía. *Lunar Park* (2005) es su título y el editor español no lo traduce. ¿Para qué? Se supone que todos entendemos el juego de palabras.



De entrada, Ellis propina una patada en el culo a los que quieren leer una novela. Hace un repaso de sus primeras cuatro, las dos mencionadas y también *Las leyes de la atracción* y *Glamourama*. Se refiere a un volumen de cuentos como pecadillo de juventud. Analiza los inicios de esas novelas y declara: “Como podría deducir cualquiera que haya seguido de cerca la evolución de mi carrera –y si la ficción revela inadvertidamente la vida interior del escritor– las cosas estaban escapándoseme de las manos”. Recuerda que el *New York Times* lo ha flagelado:

“extrañamente complicado... inflado y trivial... publicitado a bombo y platillo”. Cuenta que siendo estudiante universitario se inscribe en un taller de novela y pergeña su primera obra. Consigue que su profesor lo recomiende a un editor. “A principios del otoño de 1985, justo cuatro meses después de su publicación, ocurrieron tres cosas de manera simultánea: devine holgadamente independiente, demencialmente famoso y, lo más importante, huí de mi padre”. En *American Psycho* hace pelota al viejo, un rico especulador inmobiliario, sarcástico y cruel: “El dolor –verbal y físico– que me inflingió fue la razón de que me convirtiera en escritor. (Dato adicional: también pegaba a nuestro perro)”.

En los 80 triunfa también Jay McInerney, que ha publicado *Noches de neón*, otro éxito fenomenal. Se hacen amigos, se lo pasan de juerga en juerga, los confunden. Les llaman los Gemelos Tóxicos. Se drogan con Caspa del Diablo (cocaína boliviana). Ambos practican una literatura feroz, donde imperan violencia y perversidad. Las grandes casas editoriales los traducen y el planeta entra en éxtasis. Una nueva escuela ha nacido. Profesionales y aficionados a la literatura se rinden ante esos pies famosos. En *Lunar Park* el autor lo cuenta todo, se autodenigra sin contemplaciones; su personaje, que se llama Bret Easton Ellis, lleva una vida tan disipada y tan irresponsable, que es materia continua de la prensa escandalosa y hábitué de las clínicas exclusivas. Sus editores, felices con ese gallo de los huevos de oro, lo protegen para que no colapse. Afirma: “Pero cuesta tocar fondo cuando ganas cerca de tres millones de dólares al año”. Explica: “Yo rezumaba la impasibilidad apagada y entumecida que tan de moda estaba en ese momento particular de la cultura”.

Lunar Park se inicia de hecho en el segundo capítulo. El primero se cierra con esta frase: “Con indiferencia de lo espantosos que puedan parecer los acontecimientos aquí relatados, hay una cosa que debes recordar mientras tengas el libro entre las manos: todo ocurrió de verdad, todo es cierto”. Lo que sigue es la escritura de una novela, de título absurdo, *Conejito adolescente* (en inglés suena más cachondo, por cierto), que supuestamente redacta un Ellis matrimoniado y no menos sumido en sus desórdenes habituales; y donde los libertinajes adquieren dimensiones monstruosas (se puede poner cualquier otro adjetivo pesado). Le llama “thriller pornográfico”. Pero al escritor le empiezan a pasar cosas siniestras. El protagonista de su novela *American Psycho* comienza a acosarlo. Lo había creado como una especie de retrato en clave de su padre, para saldar cuentas; y ahora andaba nebuloso, cruzándose en su camino, el de su familia y el de sus hijos. Lo peor es que Ellis no sabe bien si todo es real o producto de sus excesos con el alcohol y las drogas. Además anda arrecho con una de sus alumnas, de nombre Aimée Light, que juega con él utilizando el arma invencible de su juventud

¿Cómo resolverlo? Dice: “Era un experto a la hora de borrar la realidad... Como escritor presentas tendenciosamente todas las pruebas en favor de las conclusiones que deseas alcanzar y rara vez te inclinas por la verdad”. Está asustado con ese engendro de su imaginación que se encarna y lo amenaza. Decide engañarse a sí mismo. “Eso es lo que hace un escritor: su vida es una vorágine de mentiras. Centra su punto focal en el adorno. Es lo que hacemos para

complacer a los demás. Es lo que hacemos para escapar. La vida física de un escritor es básicamente estancamiento y para combatir dicha limitación hay que construir un mundo y un yo distintos a diarios”. Confesiones de un hijo de dos siglos, vaya.

Hay mucho de ejercicio literario, de autoplagio, de oportunismo de mercado (la nueva forma de autobiografiarse da dividendos); aunque la capacidad narrativa de Ellis es innegable. Recuerda al *Guardián en el centeno* de Salinger, al *Ocho y medio* de Fellini, al *Yonqui* de Burroughs, a la segunda parte del *Quijote*; puestos al día naturalmente. El de Ellis es un mundo de pesadilla sin objetos ni menos naturaleza, sino armado con domésticas etiquetas comerciales. Suena a ratos a pastiche de la novela negra de la tercera generación, la de los Ellroy, Vachss, Hiaasen o Paretzky. La diferencia está en que para éstos el despliegue sangriento es el motor de la narrativa y no un pretexto como en Ellis. Es la utilización del género negro para hacer literatura superior, lo que a menudo conduce a resultados mediocres. No en el caso de Ellis, particularmente en este libro, ya que el cuestionamiento de su propia forma de narrar es sin lugar a dudas interesantísimo.

Declaró Ellis en una entrevista: “Digamos que en *Lunar Park* hay algo de verdad, mucho de mentira, y que me pareció muy gracioso burlarme de mí mismo. Retratar me del modo en que la gente piensa que soy y así, de paso, burlarme de ellos riéndome del modo en que ellos me ven y me leen”. De todos modos, confieso que para mí fue una placentera lectura. Hallé páginas magistrales, entre las mejores de su autor, sobre todo hacia el final del libro. ¿Lo entendí todo? Por supuesto que no, *Lunar Park* está tan henchido de la cultura norteamericana de la élite (en versión para todo público), con profusión de menciones a marcas de productos, bares de moda, restaurantes refinados, medicamentos caros, apodos de las drogas, referencias a personajes de la farándula gringa y todo el resto, que muchos, por enteradillos que nos creamos, frente a ciertos detalles quedamos “pillós”, como dicen los billaristas de mi barrio ante las bolas imposibles.

